

pasa la vida dando los grandes *bombos* á los poetas americanos. Todo, según se dice por ahí, porque ellos le mandan tabacos de la Habana.

El Sr. Cañete no es, pues, autoridad.

¡Es un *crítico* subvencionado con nicotina.

Milanés fué poeta, no porque lo diga Cañete; todo lo contrario, á pesar de decirlo el crítico de los cigarros puros."

¿Conque esas tenemos, D. Manuel? . . . ¿Cigarros puros?

## XVI

Don Plácido. . . (¡Cuidado, que no es Jove!)

D. Plácido María de Montoliu, Eril, de Sierra, de Dusay y de Pinós, marqués de Montoliu. . . (Copiado de la *Guía*.)

Primer marqués, por supuesto, nuevecito, del año 1876 á lo más largo.

Y sírvales á ustedes de gobierno. . . ya que en España no le suele haber; sírvales á ustedes de gobierno. En cuanto vean ustedes en la *Guía* un marqués ó un conde con una letanía de apellidos interminable, no se entretengan ustedes en mirar la fecha; es nuevo, de seguro.

Precisamente los condes y marqueses de abolen-go, por lo mismo que tienen muchos apellidos de notoria nobleza, no se suelen poner en la *Guía* más que los dos primeros, el de su padre y el de su madre.

Pero los ilustres desconocidos que en un cambio

político cualquiera, y por cuanto vos contribuísteis. . . han sentado plaza de marqueses ó condes, no se cansan de atrapar apellidos á cual más vulgar é insignificante, y ensartan media docena ó una, todos los que han acertado á leer en los deteriorados libros parroquiales de su pueblo.

El amigo Pereda, muy brillante escritor, gran novelista, el primero de todos si fuera un poco más universal (1), se ha burlado de esta manía clásica de la montaña de Santander, su país, pero á la cual pagan tributo los tontos de todas partes, en la portada de uno de sus mejores libros, que se llama *D. Gonzalo González de la Gonzalera*.

Y recuerdo que al coger en la mano por primera vez este libro y leer el título, le juzgué un poco exagerado, y me pareció, lo digo con franqueza, que lo que podía haber detrás de semejante rótulo, más bien que una novela de costumbres, sería una novela *de figurón*, una pintura de brocha gorda; una caricatura, en vez de un cuadro.

Salí del engaño leyendo el libro, que me gustó muchísimo; pero cuando más adelante tropecé por casualidad en la *Guía* con la inscripción del marqués de la Viesca, diputado conservador, por más señas, berrendo en fusionista, y no más que un año anterior en lo de marqués al de Montoliu, cuando tropecé, digo, con la reseña oficial de este marqués, y me eché al colete todo esto que sigue: *D. Federico de la Viesca de la Sierra, Gómez de las Bárce-*

[1] Poco después de publicado este artículo, apareció la novela de Pereda *Pedro Sánchez*, que responde admirablemente al deseo que yo manifestaba.

*nas, Vicario, de Velasco, de Pita, de Leiva, Bustamante y Guerra*, ya el título del libro de Pereda me pareció pálido.

Mas dejemos en paz al de Pita de Leiva, que pite por donde le dé la gana, con tal que no cometa versos, de lo cual hasta ahora no tengo noticia, y vamos al de Eril de Dusay y de Pinós, con acento, que es, por lo menos, reo de un soneto mortuario.

Por cierto que me ha costado dos pesetas.

No el soneto solo de el señor marqués de Montoliu, sino en colección con otras 71 *composiciones* de la misma índole; de suerte, que me ha salido cada composición por una friolera, por poco más de medio perro chico.

Lo cual no es, en verdad, para arruinar á nadie.

La única que se arruina con esta clase de colecciones ó coloños de versos, es la literatura.

“Del florido pensil de Andalucía. . . .”

¡Ah! Pero se me olvidaba poner el título del soneto:

“EN LA TEMPRANA MUERTE

*De. . . .”*

Pues no le pongo. Ya le irán ustedes adivinando por entre el forraje.

“Del florido pensil de Andalucía  
Capullo apareciste puro y bello. . . .”

Nada. . . La de todos los marqueses; muchos epítetos; dos ó tres para cada cosa; en fin, los que caben en el verso buenamente. . . Buenamente ó apretando un poco; porque esos versos son como los

chorizos, que se les aprieta, más ó menos, según abunda ó escasea el picado.

La construcción tampoco es buena, pero tampoco á un marqués de estos nuevos se le pueden pedir buenas construcciones.

“Del florido pensil de Andalucía  
Capullo apareciste puro y bello,  
Y joven rey, de majestad destello. . . .”

¿Destello, ó ripio? quiero decir, ¿destello, ó consonante? Se lo pregunto á usted, porque como no se ve la luz, ese *destello* más parece consonante ó ripio que destello de veras. Sigamos:

“Y joven rey, de magestad destello. . . .”

¡Ah! ¿Pero quién es el destello? ¿el joven rey ó el capullo puro y bello del pensil florido? En fin. . . . no importa. . . .

“Y joven rey, de majestad destello,  
Te prendió. . . .”

¡Hombre! ¿De veras? ¿Pero, por qué? ¿Así se prende á uno sin motivo, en tiempo en que casi tenemos derechos individuales?

“Te prendió á su corona (¡ah!) en fausto día. . . .”

Pero no fué muy fausto. A lo menos generalmente no se considera fausto eso de morirse.

Entre otras razones, porque suele ser ocasión de que se escriban sonetos malos, como el de usted, ya que está á la vista.

Porque me parece que convendrá usted conmigo en que es malo, y en que sólo por ese primer cuar-

teto se conoce ya que no es usted poeta ni por asomo. Pero aun hay más.

“Mas apenas tu cáliz se entreabría,  
(¡Y sigue la trillada alegoría!)  
Pérfida puso en él terrible sello. . . .”  
(Este sello es un ripio; doy fe de ello.)

Porque, ¿dónde ha visto usted sellar las flores? Ni las señoras tampoco se sellan.

Ni aun los hombres políticos. . . . Se resellarán, pero lo que es sellarse no. ¡Pues estaría bien, por ejemplo, Cánovas sellado!

¡Qué cosas, digo, qué disparates escriben ustedes los marqueses nuevos!

“Mas apenas tu cáliz se entreabría,  
Pérfida puso en él terrible sello  
Traidora muerte. . . .”

*Pérfida y traidora* casi todo es uno. De suerte que llama usted á la muerte *traidora* por partida doble, sin reparar en que, como dice el refrán latino-macarrónico, *verba repetita generant candonga*. Pero le hicieron á usted falta los dos epítetos para llenar ambos versos, y ha hecho usted lo mismo que cualquier otro choricero. . . . literario.

“Mas apenas tu cáliz se entreabría,  
Pérfida puso en él terrible sello  
Traidora muerte, y el erguido cuello. . . .”

¿En qué quedamos? Porque si sigue la metáfora cursi del capullo, mejor que cuello sería tallo; y si desaparece la alegoría y quedamos en que la muerta es una señora, huelga lo del cáliz, con otras mu-

chas cosas tan impropias como el adjetivo *erguido*, ó más si es posible.

“Mas apenas tu cáliz se entrecabría,  
*Pérfida* puso en él terrible sello  
*Traidora* muerte, y el *erguido* cuello  
Tronchó implacable tempestad *impía*.”

*Impía*. . . sí. *Implacable* tempestad *impía*. . .  
Un adjetivo detrás y otro delante. Y lo que es el *impía* le estaba yo viendo venir. Desde que se *entrecabría* el cáliz al asomar el *día en Andalucía*, dije yo para mí: *impía* tenemos. No sabía yo si la *impía* sería la tempestad, ó la muerte. . . ó la difunta; porque con tal de encajar el *impía*, hubiera sido usted capaz de llamar *impía* á la difunta. ¡Bah! de que iba á haber alguna *impía* estaba yo seguro.

Lo que no había podido adivinar era el *cuello*, igualmente *ripio*, ó igualmente excusado.

Mas lo particular del *cuello* y del *sello* y del *destello* y del *bello*, lo particular de estos cuatro consonantes en *ello* es que no se sabe cuál es más *ripio*, por lo mismo que todos lo son, porque ninguno se necesitaba: son de capricho todos.

Así, el *puro* y *bello* lo mismo podía ser *sonrosado* ó *nacarado*; el *destello*, lo mismo y mejor, es decir, menos mal podía ser *dechado*; el *terrible sello* podía igualmente ser *soplo helado* ú otra cosa por el estilo, y el *erguido cuello*, claro es que también podía ser otro *ado* cualquiera.

Acabemos:

“Lloraba el rey la flor *arrebata*da,  
“Y en tanto libre tú de humanas *redes*. . . .”

¡Las esperaba! . . . Esperaba las *redes*. Humanas

ó divinas ó de cáñamo; pero *redes* de todos modos. El caso es que fueran *redes* y. . . consonantes.

Se está usted preparando para traer á *Mercedes* á lo último. . . . ¡Como si lo viera! Que conste, que no me sorprenderá.

Porque. . . naturalmente. . . .

Sube por un peñasco  
Un lagarto vestido de damasco;  
Mas si en vez de peñasco fuera peña,  
Subiría vestido de estameña. . . .

Lo mismo hacen ustedes.  
En lugar de *Mercedes*,  
Si la difunta se llamara Juana,  
El puesto aquel de las *humanas redes*  
Le ocuparía la *miseria humana*.

De seguro.

“Lloraba el rey la flor *arrebata*da,  
Y en tanto libre tú de *humanas redes*,  
Ibas á Dios por ángeles. . . .”

Como si dijéramos: ibas á Carabanchel por lechugas.

“Ya que del mundo en el jardín no *quedes*. . . .”

¡Justo! ¡Si se la está viendo venir!

“Ya que del mundo en el jardín no *quedes*,  
Sé en el cielo do vives *trasplantada*. . . .”

*Trasplantada*. . . . ¡Irreverente! ¡Como si se tratara de una berza! ¡Qué afición á la literatura de huerto!

“Ya que del mundo en el jardín no *quedes*,  
Sé en el cielo do vives *trasplantada*,  
Consuelo y luz para. . . . (¿*Lo ven ustedes?*)

Pues. . . lo que habíamos dicho.

---

XVII

(OTRO PARÉNTESIS.)

Me parece que habíamos quedado en que *La Epoca* era sobrina, ó cosa así, de aquella señora que por meterse en todo, se metía en los charcos.

Deduciendo este parentesco del hecho de que *La Epoca* también, por meterse en todo, se hubiera metido en los *ripios*.

Porque, si no, ¿qué se pudo proponer *La Epoca*? ¿Echárselas de órgano de la aristocracia, defendiendo á los condes y marqueses versificantes? . . . ¿Contribuir con su voto adverso á confirmar la excelente acogida que dispensa el público ilustrado á esta serie de artículos? . . .

¡Vaya usted á saber! . . . Lo más probable es que no se haya propuesto cosa alguna.

Y que todo haya sido una genialidad ó un compromiso de uno de sus habituales redactores.

Mas el caso es que *La Epoca* ha salido también de estampía, lo mismo que D. Manuel Cañete, aunque no con tan malas formas, contra la colección de RIPIOS ARISTOCRÁTICOS y en defensa de uno de los proveedores del género.

Un redactor joven.... digo, yo no sé siquiera si es joven, pero me parece que lo debe ser, porque lo que escribe es bastante tierno, á más de que creo que él mismo lo dice que es joven; un redactor joven de *La Epoca*, parece que había comido alguna vez en casa de D. Leopoldo.... pues.... Augusto.... vamos.... de Cueto (a) *marqués de Valmar* desde hace unos años; ó por lo menos, había estado allí de tertulia, según él mismo dice, y se creyó en la obligación de defender ó de hacer como que defendía á D. Leopoldo contra la suave crítica mía de sus versos.

Para lo cual escribió un articulejo con el título de *Cascote democrático*.

"Soy bien criado y agradecido, dice el mismo D. Luis Alfonso, que así se llama el redactor de *La Epoca*, soy bien criado y agradecido, y el marqués me ha recibido siempre con suma afabilidad en su casa.... por todo ello créome con algún derecho y no escaso deber de responder.... etc."

Perfectamente.

La gratitud siempre es una buena cualidad moral, que me apresuro á reconocer en D. Luis, por si acaso no tuviera ocasión de reconocerle otras literarias; siempre es una buena cualidad y hasta una razón de bastante poder para explicar la defensa de D. Luis, aunque no de bastante fuerza para hacer

que los versos malos del marqués de Valmar dejen de ser malos. Pero lo peor es que da otras razones el señor D. Luis en favor de su defendido, mucho más débiles todavía que la de los recibimientos afables.

Por ejemplo, esta:

"Yo tengo al señor marqués de Valmar por uno de los más.... elegantes escritores de nuestros días...." De donde claro es que no se deduce que lo sea.

Y esta otra:

"Ha representado á España en Viena, en Copenhague, en Washington y en alguna otra capital europea.... De donde, aparte del *lapsus*, geográfico ó gramatical, de llamar á Washington *capital europea*, se deducirá sin trabajo que el Sr. Cueto ha cobrado muy buenos sueldos y ha sacado al país mucho jugo; pero nunca se podrá deducir que no ha hecho malos versos, como los ha hecho realmente... es decir, constitucionalmente.

Es senador, es gentil-hombre...." dice el defensor de D. Leopoldo un poquito más adelante, como si en siendo senador y gentil-hombre no se pudieran escribir versos malos.... y así son todas las razones que emplea en su defensa.

Nada, ni una palabra encaminada á demostrar, por ejemplo, que en aquellos dos versos con que empieza una *poesía* de D. Leopoldo en el álbum de una señora,

"Para un besó de tu labio  
No son suficiente precio...."

no hay dos inconveniencias graves, una literaria y hasta fisiológica si se quiere, y otra moral, consistente la primera en suponer que se puede besar con un labio sólo, y la segunda en ponerse á escribir en el álbum de una señora y empezar hablándola del precio de sus besos.

En fin, que *á notorio*, como dice D. Luis, la intención de D. Luis ha sido defender á don Leopoldo; mas como no se debe nunca olvidar el *sumite materiam vestris, qui scribitis, æquam viribus*, de Horacio, y como además hay cosas de suyo indefendibles, el resultado es que D. Leopoldo no sale defendido ni cosa que lo valga.

Porque tampoco es defensa decir que don Leopoldo es académico.

¡Claro que no! ¡Pues vaya una defensa! ¡Si hoy día llamarle á uno académico y llamarle mal escritor y corrompedor de la retórica y de la gramática, todo es uno! . . .

De suerte, que si el Sr. D. Luis no tiene otras razones. . . .

Que no las tiene, ¿que las ha de tener? Si las tuviera las manifestaría, ya que oficiosamente ha bajado á la arena.

Oficiosamente, sí, Sr. D. Luis, y usted mismo lo dice al comenzar el párrafo tercero, cuando después de canturrear las glorias, digámoslo así, de D. Leopoldo, dice usted:

“Y *nada*, en verdad, *me obliga* á salir á su defensa—si es que la necesita. . . .”—Es verdad que usted se lo dice todo; porque un poquito más abajo ya

dice usted aquello otro de “créome con algún derecho y *no escaso deber* de responder, etc.”

Me parece que se contradice usted. Y si no, dígame, por los versos de D. Leopoldo: ¿tiene usted no escaso deber, ó nada le obliga? . . . Quede usted en algo, Sr. D. Luis.

Lo mismo que la comparación entre la pluma y la espada, con la que se conoce que está usted muy encariñado (con la comparación, se entiende), pues que la esgrime usted dos veces, una al medio del artículo y otra al final, ambas con bastante mala fortuna.

Con la fortuna que merece la comparación, que no viene al caso.

En fin, que yo siento decírselo, Sr. D. Luis, pero me parece que ha hecho V. una plancha.

Lo cual no tiene nada de particular. Psche. . . . que no le da á usted el naipe para ese género de defensas.

Y otra vez tropezamos con Horacio, y con la necesidad de no olvidar el *versate diu*. . . .

Pero, en cambio, tampoco creo que debe usted volver á escribir de arquitectura.

Porque me han dicho que una vez escribió usted un artículo estruendoso y altisonante sobre arquitectura, censurando con destemplanza la usual y corriente, y se le vinieron á usted encima los arquitectos, diciéndole que todo aquello parecía motivado por el deseo de enterar al público de cómo había estado usted en Francia, en Alemania, en Inglaterra, en Italia, en Suiza y en *Flandes* (!), carretilla que creo que repetía usted cinco veces en aquel artículo, y

que le repitieron á usted los arquitectos en el suyo de contestación otras tantas.

Volviendo al de ahora, le concluye D. Luis, diciéndome:

“Yo no estamparé que el recogedor de RIPIOS ARISTOCRÁTICOS sea simple, disparatado, tonto, etc. (cosas que yo me ví obligado á decir de los versos de D. Leopoldo, aunque las dije con mucha cortesía); antes confieso sin rebozo que se barrunta talento y donaire en sus diatribas. . . .”

¡Muchas gracias! Y siento no poder decir otro tanto; siento no haber yo barruntado ninguna de esas cosas en el escrito de D. Luis, para haber tenido el gusto de consignarlas inmediatamente.

Conste, sin embargo, que lo único bueno que encontré, lo de la gratitud, consignado queda.

## XVIII

EL SUEÑO.

Este era un marqués que soñaba sin duda que era poeta, y sin más ni más se puso á escribir versos.

Que, por cierto, le salieron muy malos, diga lo que quiera el amigo D. Luis Alfonso.

Verán ustedes cómo le salieron los versos al señor marqués de Cabriñana, que es el marqués del *sueño*.

“Alzaba *el sol su luminosa frente. . . .*”

Al primer tapón. . . . ¿Verdad, Sr. Cañete, que este primer verso es armoniosísimo? Sobre todo, aquello de *el sol su-lu. . . .* parece que está hablando. . . . mal. . . . del autor.

“Alzaba el sol su *luminosa* frente  
Y de *vivos* matices coloraba  
Las *vaporosas* nubes que al Oriente  
De la *alegre* mañana. . . .”



Ya habrán notado ustedes el parentesco de los versos de este marqués con los de los demás marqueses, en los epítetos. Sin duda se les figura á estos señores que la poesía consiste en poner á todas las cosas apodos inútiles. ¿Se habla de la frente del sol? pues *luminosa*: ¿qué menos ha de ser que *luminosa*? ¿Se habla de los matices de las nubes? pues... *vivos*; porque si fueran muertos no tenían maldita la gracia. ¿Se habla de las nubes?... pues *vaporosas*, naturalmente; como que se forman de vapor, más ó menos condensado. ¿Se habla de la mañana?... pues *alegre*. Y así por ese estilo.

Pero quedábamos *al Oriente de la mañana*, es decir, de la *alegre mañana*, y quedábamos en que

“Alzaba *el sol su luminosa* frente  
Y de *vivos* matices coloraba  
Las *vaporosas* nubes que al Oriente  
De la *alegre* mañana el aura *fría*  
(*Que lo mismo pudiera ser caliente.*)  
Con su aliento *balsámico* agrupaba,  
Y de ellas *regio* pabellón formaba  
De nácar y oro en la región *vacía*....”

¡*Vacía*, sí, señor, *vacía*! Este es el único epíteto bien puesto; es decir, lo sería, si en lugar de estar aplicado á la región de la nubes, que no es *vacía* ni mucho menos, lo estuviera á la poesía de usted.

Porque vamos á ver, señor marqués, aparte de aquel *agrupaba* tan poético, ¿á qué vienen todos esos ripios para decir que era por la mañana? ¿No sabe usted aquello de Espronceda:

“Y resonando... etcétera, que creo  
Basta para decir que ha amanecido,  
Y tanta frase inútil y rodeo  
A mi corto entender no es más que ruido?”

Pues si Espronceda decía eso de una descripción suya bellísima, en donde apenas hay palabra que huelgue, ¿qué diremos de la descripción pedestre, dura y trabajosa de usted, donde apenas hay palabra que no sobre?

“Pero también á mí me entró el deseo  
De echarla de poeta, y el oído,  
Palabra tras palabra colocada,  
Con versos regalar sin decir nada.”

Dijo de sí modestamente el gran poeta.

Lo que hay es que la descripción de usted sólo se parece á la de Espronceda en aquello de no decir nada; porque en lo de regalar el oído... ¡que si quieres! Los versos de usted, señor marqués, atormentan el oído, casi tanto como el entendimiento.

Vamos adelante:

“En la *escarpada* sierra que de amores  
Requiebra el Betis....”

(¿Con buen fin?)

“....con murmurio *blando* (¡Ah!)  
*Opima* en frutos y *olorosa* en flores  
Mis *acervos* pesares olvidando,  
Seguido de mis perros....”

¡Adiós! ¡Hasta ahora sí que no nos había usted fastidiado!

Pero, hombre, ¿para qué saca usted esos perros ahora? ¿Para echarles la *poesía*? . . .

Entonces pase; porque ya me estaba pareciendo á mí un poco perruna. Pero de otra manera, la salida de esos perros sería muy impertinente. ¡Por vida de los perros! . . .

“Seguido de mis perros,  
Al *temeroso* ciervo fatigaba . . .”

¡Ah! también había un ciervo *temeroso* . . . ¿Y por qué no le había sacado usted antes? Lo natural era haber sacado el ciervo antes, y después haberle soltado los perros. Lo demás, se llama poner la horca antes que el lugar. Vamos, siga usted:

“Seguido de mis perros . . .”

¡Perros afortunados! Porque en la pedrea de epítetos que sobre todo bicho viviente descarga el marqués, han escapado ilesos . . . hasta ahora. Y son los únicos. Se conoce que el marqués los quiere más que al ciervo, y más que á la mañana, y más que al sol, puesto que todas estas cosas han llevado su pedrada, digo, su epíteto correspondiente.

“Seguido de mis perros,  
Al *temeroso* ciervo fatigaba,  
Y *hondas* cañadas y *empinados* cerros  
Mi *fogoso* alazán *veloz* cruzaba.”

Ya pareció otro bicho, el caballo, y éste con dos motes á falta de uno; *veloz* y *fogoso*.

Y sigue la tormenta:

“*Enhiesto* el cuello y la cabeza *erguida*  
El *duro* hierro con furor tascando,

*Suelta* la cola y al correr *tendida*  
Y la *revuelta* crin al aire dando  
(¿Y el aire? . . . ¿No era *leve*, *recio* ó *blando*?)  
Las piedras golpeaba  
Y de ellas chispas de *brillante* lumbre  
Con sus *herrados* callos arrancaba . . .”

¡Qué raro es todo esto! . . . ¡Un caballo que corre y golpea las piedras, y saca chispas precisamente con las herraduras, y luego las chispas son de lumbre . . . y de lumbre *brillante*! . . . ¡Si lo que les pasa á estos marqueses de los versos, no le pasa á nadie en el mundo!

“Y ora salvando la *gigante* cumbre,  
(*Que á las chispas obliga á ser de lumbre.*)  
A los *hondos* abismos se arrojaba  
Y una vez y otra vez *raudo* subía  
(*Y otra vez y otra vez raudo bajaba.*)  
Y enardecido y ciego . . .”  
(*Pues . . . ¡figúrense ustedes lo que haría!*)

Pero ahora volvamos al ciervo:

“El ciervo *fatigado*  
(*Naturalmente.*)  
Con *gigantescos* saltos se perdía  
En la *agreste* espesura del collado  
Y súbito en su fuga *pavorosa*  
Su *enramada* cabeza aparecía . . .”

Y ahora volvamos al caballo:

“Empero ya *mi bruto* desmayaba  
En tan *larga* carrera

Y el ancho cuello lánguido doblaba  
Al fin vencida su arrogancia fiera....”

Antes el cuello de *mi bruto*, del bruto del marqués, era *enhiesto*, como el olmo de aquel otro marqués, y la cabeza *erguida*; ahora es *ancho y lánguido*.

Aprended, cuellos, de mí  
Lo que va de ayer á hoy....

Mas ahora vuelven los perros:

“Y jadeando y á mi acento fieles  
Con *perezosos* pasos le seguían,  
*Cansados* mis lebreles,  
Y á beber se arrojaban en su anhelo....  
(¿En su anhelo? Sería en un arroyo  
O por los consonantes arroyuelo....)  
Las *crystalinas* aguas que bullían  
Sus largas colas inclinando al suelo....”

¡Hombre! ¿Las colas de las aguas? ¿Las crystalinas aguas que bullían inclinaban al suelo sus colas? ¡Dios nos libre de ustedes, marqueses; porque á cualquiera le ponen ustedes cola, en un instante! Comprendo que esas colas habrán querido ser de los perros; pero el caso es que usted las ha colocado de un modo, que realmente parecen de las aguas.

Y el resultado es que las pobres aguas aparecen ahí con unas colas que no merecen; mientras que por otro lado hay en el mundo muchos chismes sin cola que merecían tenerla....

Adelante, digo, no, atrás; pero quiero decir que vamos adelante:

“Al duro tronco de *robusta* encina  
La *suelta* rienda del bridón atando....”

Naturalmente: antes de atarla tenía que estar *suelta*; si no, no era posible atarla.

“Al murmurio del agua *crystalina*  
(¿Con cola?)

Y del aura *gentil* al soplo *blando*,  
De fatiga rendido,  
*Mi* cuerpo entre las flores reclinando  
En *sabrosa* quietud quedé dormido....”

¡Gracias á Dios! dirán ustedes, creyendo que por eso se acaba la *composición*, ó lo que sea. Pero ¡quía! No se alegren ustedes tan pronto. Es verdad que lo mismo me pasó á mí.

“Por lo menos, me dije, al ver que el marqués se quedaba dormido; por lo menos, ya no volverá á escribir hasta que despierte; y aunque no despertara, tampoco perdería gran cosa la literatura....”

¡Pero sí! ¡A buena parte!... Estos marqueses escriben malos versos aunque sea dormidos, y me temo que los han de escribir hasta después de muertos.... Así es que este marqués de hoy, aun después de haberse quedado dormido, sigue escribiendo como si tal cosa.

Ahora, lo que tiene es que los versos son un poco peores que antes, si cabe; porque si despierto los hacía como ustedes han visto, calculen ustedes de dormido cómo los hará.

“*Radiante* nube de pureza *suma*,  
De *aligeros* cupidos *circundada*,

De blanquecina espuma  
Del ancho mar por el amor formada,  
Ondulando en el éter vaporosa...."  
Con majestuoso vuelo  
Descendió presurosa...."

Y todas las osas, hasta la mayor inclusive, todas con sus osos correspondientes. . . .

En suma: dejando ya la espuma y los cupidos y las nubes y el mar ancho y aun el estrecho, con todos los demás ripios que ha necesitado reunir en esos versos el marqués para no decir nada, ó por lo menos para que no se sepa lo que dice, la poca sustancia que he podido sacar después de leer dos veces el *Sueño*, es que al marqués se le presentó una *señora*, vamos al decir, muy hermosa, y muy poco vestida,

"En ligero cendal de gasa envuelta,  
Su blonda y riza cabellera suelta...."

(como la brida del caballo), y le dijo que la siguiera....

"Sígueme, dijo.... que risueños brotan  
De mi voz al influjo los amores....  
¿Ansías gozar sin fin? Ven á mis brazos."  
(Verso que se pronuncia en cuatro plazos.)

Y luego dice que le *brindó poesía*.... ¡Mentira!  
¿Qué le había de brindar poesía? Esa no pasa....

Pero el caso es que el marqués se iba ya como un cordero tras de la ninfa, dispuesto á abandonarse del todo, cuando se le apareció un *guerrero* de fiera traza, y aun creo que era un guerrero con *coraza*, y me parece que la coraza era de *acero*, todo, según lo pedía el consonante; con lo cual el marqués se

quedó pasmado, creyendo, sin duda, que el guerrero venía espada en mano á pedirle cuenta de sus ripios.

No era así, sin embargo. El guerrero venía á decirle al marqués que no se fuera con aquella *tipo*, sino con él, que él le brindaba grandezas humanas, en cambio de los amores de la otra.

Y en efecto, se le iba despertando la ambición al marqués: ya dejaba la ninfa para irse con el guerrero (¿han visto ustedes qué voluble?) cuando se le apareció un ángel, con muchos epítetos, y le dió muy buenos consejos....

Aunque no los cuenta todos el marqués, porque de seguro que, siendo como parece el ángel de su guarda, y teniendo los ángeles muy buen gusto, le aconsejaría principalmente que no escribiera versos; mas este consejo, como no estaba el marqués dispuesto á seguirle, se le ha callado.

Por fin quiso Dios que sonara un tiro, á cuyo estruendo despertó el marqués y montó á caballo, es de suponer que después de desatar la *suelta* brida del duro tronco de la *robusta* encina, donde la había atado poco antes, aunque esto no lo dice. Lo cierto es que apenas montó á caballo, se lanzó á correr tras de un jabalí, *cerdoso* por supuesto, y *fero*, por supuesto también, que por allí pasaba y

"Aún sonaba en su oído  
El ronco son del caracol torcido...."

Torcido.... ¡Pues claro! Y si no, busque por ahí el señor marqués unos cuantos caracoles *derechos*, que no faltará quien se los pague bien, por lo raros.

Porque, vamos, un caracol *derecho* me figuro yo que será una especie de marqués-poeta.